

ESTUDIOS CRITICOS

EUGENIO DE CASTRO

Salamanca, noviembre de 1907.

EUGENIO de Castro, el delicadísimo poeta portugués, es conocido del gremio literario sudamericano, por la traducción que de su «Belkiss» hizo Luis Berisso. «Belkiss» es, según parece, la obra del poeta colombiano que ha sido recibida con más favor por el público; ha sido traducida más que las otras, y va

su autor á publicar la segunda edición de ella. Y no es, sin embargo, la que yo creo preferible.

Obras de una exquisita finura y delicadeza ha dado al público Castro desde que en 1884 publicó sus «Cristalizações da Morte,» pero entre ellas ninguna, á mi entender y sobre todo á mi sentir, sobrepasa á «Constança,» publicada en 1900. Y es que «Constança» es su obra más profundamente portuguesa, aquella en que su alma ha conseguido vibrar más al unísono con el alma de su pueblo. Parece como si su mano al escribir se hubiese convertido en el arpa éolica de su pueblo, vibrando al soplo del alma de éste. La lírica de «Constança» es la más alta y noble lírica, aquella que siendo profundamente colectiva es, por eso mismo profundamente personal.

Constança fué la mujer del infante don Pedro, el de la infortunada Inés de Castro, cuyos trágicos amores inmortalizó Camoens. Hasta hoy la atención y el interés todos se habían concentrado, como en casos análogos sucede casi siempre, sobre la amada del príncipe, disipándose casi por completo la dulce pero crepuscular figura de la esposa legítima, de Constança.

La pasión que alguien llamaría ilegal, la pasión no protegida ni por la ley civil ni por el sacramento religioso, aparece siempre, y es natural que así sea, como mucho más interesante y más poética que la otra. Su poesía es más trágica, más de espectáculo, más visible y más aparatosa. La tragedia del alma de la pobre Constança, enamorada también de Pedro y no con menos pasión acaso que lo estuviera Inés, no es tragedia á cuya comprensión lleguen todas las almas. Y es esta tragedia íntima y silenciosa, la de la pobre esposa que ve cómo su más íntima y fraternal amiga le roba el corazón de su Pedro, es este martirio el que nos cuenta Engenio de Castro en versos de una dulzura y una «saudades» exquisitas y profundas.

Esta figura de Constança que llena el más sentido y el más portugués de los poemas de Castro parece á ratos un símbolo de Portugal mismo, de ese hermosísimo y desgraciado Portugal que desde el día lúgubre de Alcazarquebir parece vivir vagamente sumergido en ensueños de pasadas grandezas.

Representásemse Portugal como una hermosa y dulce muchacha campesina que de espaldas á Europa, sentada á orillas del mar, con los descalzos pies en el borde mismo donde la espuma de las gemebundas olas se los baña, los codos hincados en las rodillas y la cara entre las manos, mira cómo el sol se pone en las aguas infinitas. Porque para Portugal el sol no nace nunca, muere siempre en el mar que fué teatro de sus hazañas y cuna y sepulcro de sus glorias.

La literatura portuguesa—de ella en general os hablaré otro día—tiene dos notas dominantes, y son la amorosa y la elegíaca. Portugal parece la patria de los amores tristes y la de los grandes naufragios.

Hay, á este respecto, una obra portuguesa honda y ahincadamente representativa, una obra henchida de pasión dolorosa. Es el «Amor de perdicao» de Camilo Castello Branco. Pocas cosas podéis leer de más trágica y más reconcentrada pasión. Y en ella



hay también, junto á la Inés de Castro, que aquí es Teresa Clementina de Albuquerque, una especie de Constanza, Mariana, que no siendo ni esposa de Simón Botelho, el enamorado de Teresa, le acompaña y le sirve en su prisión, y luego que él muere en el buque que lo lleva al destierro, se arroja al mar abrazada al cadáver de aquel á quien amó sin poder ser correspondida. Pocas figuras, en las literaturas todas, más firmemente trazadas que la de esta Mariana.

La pobre Constanza sufre en el corazón de su corazón al descubrir cómo el amor hacia Inés está devorando el alma de Pedro. Y este dolor la purifica y la sublima, hasta el punto de pensar en huir con un paje para ser tenida por una artificiosa adúltera y dejar así que Inés y Pedro, libres de remordimientos, puedan amarse á las claras.

Hermosísimo es el pasaje en que Constanza se atavía y se arregla y trata de hermosearse para reconquistar el cariño, no la compasión, de su marido, pero donde el poema llega á la más alta y más pura poesía es donde Constanza invoca y llama al dolor.

El culto al dolor parece ser uno de los sentimientos más característicos de este melancólico y «saudo-so» Portugal. En el maravilloso poema «La Aria», la obra más desigual, pero también la más intensa y más robusta del más grande de sus poetas vivos—y uno de los pocos, poquíssimos que en esta época tan poco poética quedan en Europa toda—de Guerra Junqueiro, las estrofas más vibrantes son aquellas en que el condestable Nunnalvares—cuya vida narró egregiamente Oliveira Martins—invoca al dolor.

Aún más acaso que en nosotros los españoles se encuentra en los portugueses el culto al dolor. Y en ellos no toma cierto carácter de ferocidad bravia que entre nosotros tomó. Su ansia de martirio no los ha llevado tanto como á nuestros abuelos les llevó, al desvarío de martirizar á otros.

Nunca olvidaré la mañana en que en el regalado sosiego de Coímbra, en el retiro de casa de Eugenio de Castro, en ella, leíamos éste y yo aquel pasaje de «Os trava nos de Jems» de Frey Thomé de Jenés, en que el buen fraile nos describe las miserias, aperturas y sufrimiento que padeció Cristo durante los nueve meses que hubo de estar encerrado en el seno de su Madre. Este buen fraile portugués, que escribió su obra estando cautivo de los moros en Marruecos, tenía una fertilísima imaginación para inventar refinamientos del padecer. Su libro, todo efusiones líricas y encendidas jaculatorias, es un largo himno—muchas veces difuso y muchas enfático, y de un énfasis más español que portugués—al dolor.

Entre estos himnos al dolor pocos, os lo repito, más intensos que el puesto por Eugenio de Castro en boca de la dulce y desgraciada Constanza.

Quero-te muito, ó Dor! amo-te inmenso! Y termina este canto, el cuarto, con la suprema fórmula de la resignación:

¡Hágase la voluntad del Señor!

Me decía una vez Guerra Junqueiro que el español más creyente y más piadoso alguna vez en su vida, al encontrarse en momentos de grande contrariedad y aprieto, ha dejado escapar de su boca una blasfemia, un «me chiflo en Dios» v. gr.—modifica la frase propia—mientras que el portugués más incrédulo y más impío en semejante circunstancia suspiraría un: «váleme Nossa Senhora!»



Eugenio de Castro

Pero donde el poema alcanza la hermosura indecible de una puesta de sol en otoño, es en su canto final, en aquel que empieza:

Constanza vae morir.....

La muerte de Constanza, rodeada por los dos amantes, su amiga y su marido, á los que al fin deja solos, es una de las escenas más hermosas que he leído en toda literatura. «Adiós, mi Pedro.....» exclama Constanza con una sombra de voz, y Pedro, loco de conmoción, blanco como la nieve, henchidos de llanto los negros ojos, abrázala febrilmente y entre sollozos le da un violento, prolongado beso. Al fuego de este beso la agonizante parece revivir; el rostro se le enciende, pasan por sus ojos meteoros; no le falta ya el aire; sonríe contenta. Es que ese beso—¡el último!— contenía todo el amor, toda la fiebre del primero. ¡Oh qué dichosa muerte le dió Pedro! Más he aquí que ve á Inés... No debe llevar aquel beso á la sepultura. «Ven acá, Inés mía.....» le dice con sonrisa de infinita dulzura; acoge en sus brazos á la linda Inés, la abraza mucho

da-le el beso de Pedro, y luego exhala serenamente el último suspiro

Toda el alma dolorosa y soñadora de Portugal. Y en este poema «Constança» aparece por donde quiera templando y serenando el cuadro, el paisaje estupendo de Coimbra, de esa maravilla de Coimbra de la que guardo un imperecedero recuerdo. En ella pasé los días más serenos y más fecundos de mi vida, recorriendo en compañía de Castro las riberas del Mondego.

Leed también «O Rei Galaor» leed el «Sagramor» de este mismo poeta y habréis de agradecerme, estoy seguro de ello, el consejo. Pero leedlos en portugués, que para los de habla castellana no es dificultad.

Me dicta estas líneas la reciente publicación de Eugenio de Castro, «A sombrero quadrante,» colección de exquisitas poesías líricas. Entre las cuales hay cinco sonetos, sobre todo, dedicados á sus cinco hijos, que son un encanto de delicadeza y de dulzura.

Y en este libro parece continuar la vena de su inspiración genuinamente portuguesa, este su nuevo camino que coincidió, me parece, con su entrada en la vida matrimonial.

En su primera época apareció Castro á muchos de sus compatriotas, enamorado ciegamente de lo que llaman «vernacular,» como un poeta exótico, imitador de la poesía francesa novísima. A esto se atribuía el que hubiese sido tan pronto acogido y amparado en el «Mercure de France,» y á haber sido acogido y amparado por esta publicación debe, sin duda, su boga, entre los jóvenes literatos sud americanos. Pero no supieron ver esos sus compatriotas que le encontraban poco castizo, cómo por debajo de las galas de la literatura, que llamaré internacional, palpataba el espíritu más arraigadamente portugués.

Le ha sucedido lo mismo que á su paisano. Eça de Queiroz. Mientras su nombre y sus obras van cobrando prestigio y fama fuera de Portugal, en su patria es frecuente encontrar portugueses ilustrados y cultos que lo rechazan y reniegan de él, reputándolo un afrancesado y un desdenador de su patria.



Y, sin embargo, por debajo de la vestidura á la francesa ¡cuán hondamente portugués no resulta Ega de Queiroz! Su desesperanza y su desaliento son portugueses, y portuguesa es también su burla. Mas á lo que es bien natural el que sus paisanos escatimen perdonarle sus desdenes y sus sarcasmos.

Y esta es historia que se repite. Aparte otras razones, raro es el pueblo que soporta el que uno de sus ingenios le venga impuesto de fuera. Toda celebridad, en cualquier orden que sea, formada y robustecida fuera de su propia patria— aun no habiendo salido el sujeto de ella— es mirada con cierta desconfianza, con recelo y mal reprimida mala voluntad por sus paisanos. Parecen decirse: ¡y que ahora nos resulte una eminencia este hombre á quien estamos viendo y oyendo hace tanto tiempo, sin haber sospechado semejante cosa!.....

He pensado muchas veces en lo interesante que sería trazar lo que podríamos llamar la tabla de los valores del mérito literario ó artístico de los literatos ó artistas de un país dado tal como lo forman sus conaturales y tal como lo forman los extranjeros que los conocen. Si aquí, en España, por ejemplo, ó en Francia, se consiguiera hacer una especie de sufragio entre gentes de letras y aficionados, estableciendo la jerarquía de nuestros escritores ó de los suyos, y luego se pidiera esa misma determinación jerárquica á ingleses, alemanes, italianos, etcétera, conocedores de la literatura francesa ó, en el otro caso, de la española, habría de sorprender, sin duda, la alteración de los valores.

Cada vez que hablo con algún francés aficionado á las bellas letras—y lo mismo me pasa, aunque no en tanta medida, con ingleses y alemanes—nuestras mayores discrepancias de juicio arrancan, no de que yo desestime ó rebaje á autores que él ensalza y glorifica, sino de que yo muestre mi predilección y gusto por otros autores franceses también, que él, su compatriota, tiene en poca estima. Su punto de vista, el punto de vista nacional, es muy otro que el de un extranjero.

Para los portugueses casticistas, atenedos á una tradición literaria más raquítica y más estrecha aún que puede ser la de nuestros casticistas españoles, Eugenio de Castro era un «nefelibata»—uno que anda por las nubes—mote con que en Portugal se conoce á los que aquí llaman «modernistas» á falta de otro nombre, ó «decadentes» ó cualquiera otro término que no quiera decir nada. En el interior de España, á donde llegan pocos extranjeros, todo el que hable una lengua que ellos no entiendan es «gabacho»—como ahí es «gringo»—y lo mismo les suena el francés que el noruego ó el ruso. Hace treinta ó cuarenta años y aun menos, á todo el que profesaba ideas filosóficas no comprendidas por nuestro vulgo doctorado se le llamaba aquí krausista, lo cual era algo así como el «gabacho» que os decía. Y así en Portugal «nefelibata», mote que nosé quien introdujera, aunque sospecho fuese el insoportable pedante Teófilo Braga.

Otro día os hablaré de la literatura portuguesa contemporánea en general.

MIGUEL DE UNAMUNO.

